



Comentario de 12.5–13:

REVELACIÓN FINAL DE DANIEL

Al comienzo del capítulo 12, Daniel todavía estaba a la orilla del río Tigris. El mensajero de Dios, el «varón vestido de lino» (10.5), se encontraba todavía con él, y a estos se les unieron otros dos:

Y yo Daniel miré, y he aquí otros dos que estaban en pie, el uno a este lado del río, y el otro al otro lado del río. Y dijo uno al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas? Y oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su diestra y su siniestra al cielo, y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas (vers.^{os} 5–7).

Al comienzo del versículo 5, Daniel terminó su narrativa de las visiones que tuvo. De los «otros dos» que estaban en pie junto al río, no se nos dice si eran ángeles o no. Y si lo eran, tampoco se nos dice si uno de ellos era Gabriel. Uno de estos preguntó al varón vestido de lino (que tal vez era Miguel): «¿Cuándo será el fin de estas maravillas?». Aparentemente, no fue Daniel mismo quien hizo la pregunta. Tal vez tenía miedo de hacerla; fue otro quien intercedió por él y la hizo, porque seguramente la tenía en mente.

La respuesta no es del todo reveladora para nosotros: «... [un] tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo» (vers.^o 7a). Ya vimos esta manera de referirse al tiempo, que por lo general se relaciona con tres años y medio, en 7.25 y 12.7. En lo que se refiere a su duración, ella sugiere un tiempo definido en relación con el período de persecución (en otras palabras, un período que cesará), pero no necesariamente un período exacto de tiempo.

Examine la segunda parte de la respuesta, que se da en 7b: «Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas». Esto parece sugerir que el tiempo

abarcado por la visión del capítulo 8, se cumpliría cuando el pueblo santo se quebrantara.

Daniel escribió: «Y yo oí, mas no entendí» (vers.^o 8). Este es tal vez uno de los versículos más consoladores de todo el libro de Daniel. La pregunta que se hace en el versículo 6 sugiere que incluso los que revelaron información a Daniel no entendían plenamente el significado de la visión. Daniel reconoce aquí que no entendía todo lo que se le había dicho a este. Si los que estaban más al tanto —y que probablemente tenían muchísimo mayor percepción que nosotros— no entendían plenamente el significado de la visión, entonces no deberían sorprendernos nuestras propias dificultades. Si a Daniel le costó tanto entender incluso la interpretación que le dieron los mensajeros de Dios, entonces nosotros deberíamos tener mucho cuidado al afirmar que la entendemos en su totalidad.

En el versículo 9, a Daniel se le dijo que se le había dado toda la revelación que se le había de dar, y que la profecía sería entendida cuando se cumpliera. Un comentarista muy entendido dijo: «Ha aprendido mucho el que está dispuesto a ser ignorante de las cosas que el gran maestro no elige dar a conocer».

Los versículos 11 y 12 constituyen aún otro rompecabezas, para el cual prácticamente no tenemos una solución. Es demasiado poca la información que tenemos para estar seguros acerca de por qué vemos primero «mil doscientos noventa días», y después «mil trescientos treinta y cinco días». Es obvio que el período de tiempo indicado por mil doscientos noventa días no equivale exactamente al indicado por mil doscientos sesenta días, esto es, cuarenta y dos meses, o tres años y medio («un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo»). A juzgar por el lenguaje del texto, es de esperar que el comienzo de este período de tiempo

fuera cuando Antíoco Epífanes hiciera cesar el sacrificio regular (vea 9.27). El tiempo aproximado que transcurrió entre la profanación del templo por parte de Antíoco Epífanes y la restauración bajo Judas Macabeo, fue de tres años y medio.

Si aceptamos, como algunos han propuesto, que estos no son días literales, sino que son un tiempo profético simbólico (en el que un día equivale a un año), entraremos entonces en otra búsqueda especulativa del significado de este número de años. El añadir otros cuarenta y cinco años para llegar a los mil trescientos treinta y cinco días,¹ o años simbólicos, en el versículo 12, no nos acerca a una respuesta definitiva. Debido a que carecemos de una referencia bíblica concreta, es mejor aceptar que no conocemos el significado de esos números. Es mejor centrarnos en la importancia de los versículos 10 y 13 que conjeturar sobre los versículos 11 y 12.

En el versículo 10 se traza una diferencia entre el entendimiento (y aparentemente el resultado) de los impíos, y el de los «emblanquecidos» que han sido «purificados». Esto es lo que leemos: «Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impíamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán». Una aseveración parecida fue hecha a Juan al final de la revelación dada a este: «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía» (Apocalipsis 22.11).

La idea parece ser que uno ha de permanecer fiel cualquiera que sea la situación en que se encuentre. En Romanos 1.24, 26 y 28, leemos el estribillo que dice: «Dios los entregó...». Especialmente durante tiempos de persecución y de tribulación contra el pueblo de Dios, hay gente mundana que, como manadas de animales salvajes, «huelen la sangre» y se vuelven aún más inicuas que en otras circunstancias lo hubieran sido. Dios no hace un esfuerzo especial para «detener» su comportamiento, por lo menos por el momento; les permite seguir siendo como son.

Algunos, al ver tal comportamiento, han clamado junto con los mártires diciendo: «¿Hasta cuándo, Señor...?» (Apocalipsis 6.10). Muchos cristianos han pedido en oración que cesen los

¹Si el intérprete supone que se usan semanas para representar años, entonces el uso del número «mil trescientos treinta y cinco» (que es cuarenta y cinco más que mil doscientos noventa) haría necesario que añadiera cuarenta y cinco años.

padecimientos, pero la respuesta de Dios hasta el momento ha sido: «Todavía no; algún día será». Me parece que este es el significado que hay detrás de los versículos finales de este capítulo.

A Dios no le interesan tanto nuestros «plazos» como nuestra fidelidad. Lo último recogido en el texto que dijeron estos mensajeros a Daniel, fue esto: «... tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días» (vers.º 13).

Daniel, tal vez más que nosotros, deseaba conocer el significado de la visión que se le dio, deseaba entender la interpretación dada por los mensajeros. Se le dio alguna información, pero esta no era toda. Daniel reconoció que estaba alarmado por lo que vio (4.19; 7.15, 28; 8.27). No estaba preparado para el peso de las revelaciones que había visto. Esto fue lo que Jesús dijo a Sus discípulos: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar» (Juan 16.12). Lo anterior no constituye crítica alguna de la fe de Daniel, ni de la fe de los apóstoles, ni aun de la de nosotros. Dios ha elegido no revelarnos todo lo que podría, ni todo lo que desearíamos saber. Sin embargo, sí nos revela en Su Palabra «todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad» (2ª Pedro 1.3).

El tema de todo el libro de Daniel es que «Dios está al mando». Este parece ser el mensaje de consolación que Daniel y sus fieles acompañantes necesitaban oír en un tiempo de persecución, angustia y aparente derrota.

La nación judía y las casas de ella habían sido destruidas. La familia judía había sido traicionada por gente infiel. Muchos de los fieles habían sido martirizados o llevados a la esclavitud lejos de casa. ¿Estaba Dios al tanto? ¿Estaba haciendo algo?

Dios está al mando. El que hizo «los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay» (Éxodo 20.11) está al mando. Él «gobierna el reino de los hombres» (Daniel 4.17). Gobierna los tiempos y las estaciones, las naciones y a los gobernantes de estas; Él incluso forma parte de nuestra vida.

Por todo el mundo, en cualquier minuto de cualquier hora o día, hay gente humilde orando a Dios. En medio de tantas oraciones elevándose de en medio del caos y la confusión de la tierra, Dios oye a cada persona en particular, como si él o ella fueran los únicos que estuvieran orando. Dios está al mando.

No entendemos los pensamientos de Dios, ni sus caminos (Isaías 55.8). ¡Tendemos a olvidarnos de que fue con el fin de darle tranquilidad a Daniel que se le dieron las visiones y la explicación! Recordemos entonces que Dios está al mando.

David Rechin